

Juan Martínez Cuesta, *DON GABRIEL DE BORBÓN Y SAJONIA, MECENAS ILUSTRADO EN LA ESPAÑA DE CARLOS III*, Aldaia (Valencia), Real Maestranza de Caballería de Ronda / Editorial Pre-textos, 2003, 501 págs.

[Reseña]

Desde que Benedetto Croce, en su *Storia del regno di Napoli* (1925), impuso definitivamente la perspectiva culturalista en el estudio del Mezzogiorno, el criterio de análisis histórico en sus diferentes vertientes no ha podido disociar lo cultural de lo político en el reino de Nápoles. Buena muestra de ello son aproximaciones antiguas y clásicas, como la de Nino Cortese, *Cultura e politica a Napoli dal Cinque al Settecento* (1965). Esta circunstancia se manifiesta en diversos periodos de forma vehemente y uno de ellos es el de Carlos III como monarca napolitano, «il più gran re della capitale del Mediterraneo», según más de un historiador. Es indudable que buena parte del gusto intelectual y artístico de Carlos III, reflejado en su reinado hispánico, no se explica sin su formación napolitana y el brillo palatino de Caserta tras su terminación en 1752, el mismo año en que nace el Infante don Gabriel. Por tanto, este sustrato cultural napolitano estará en la base de la educación del llamado hijo favorito del tercer Carlos, como bien muestra esta biografía, que en muchos momentos supera los límites de lo biográfico para convertirse en un fresco setecentista donde se exponen las prácticas culturales que determinan la formación del Infante. No se descuidan en este panorama las excavaciones arqueológicas de Herculano y Pompeya, vividas por don Gabriel en su infancia, que documentan una pasión por las monedas antiguas plasmada en disertaciones, algunas impresas.

Juan Ricardo Martínez Cuesta (1962-1999), conservador y catalogador de la colección de pintura y bienes histórico-artísticos del Patrimonio Nacional, desde 1987 hasta su muerte, logra ensamblar así, en este estudio póstumo, dos niveles interpretativos que conforman la personalidad histórica de don Gabriel: su circunstancia vital -que va de la política al ocio- y sobre ella el *modus operandi* de la ideología cultural imperante. La condición de historiador del arte del autor, le permite revelar armoniosamente esos dos perfiles indisolubles de la personalidad del infante don Gabriel.

El volumen se estructura en dos partes, una primera, más discursiva e interpretativa, que se desarrolla constantemente a partir del documento (págs. 19-249), y una segunda donde la estricta fuente documental es protagonista, unas veces porque se transcribe, otras porque se comenta brevemente (págs. 253-501). En esta segunda parte se recoge una selección documental año a año desde 1760, cuando el Infante ya está en España. El estudio está avalado por el fondo procedente de don Gabriel que se conserva en el Archivo General de Palacio, una colección rica y distinguida del resto de la documentación del Archivo. El autor la complementa con piezas documentales de otros archivos fundamentales para el Dieciocho español, como la sección de Estado del Histórico Nacional. El hecho de ser este trabajo póstumo, sin las intervenciones que todo autor última en revisiones finales, se deja ver en algunos lugares, una circunstancia suplida con la metodología propia de Martínez Cuesta, que se basa en la prudencia valorativa, en la exposición directa del documento, en el ofrecimiento al lector de un

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 36 (enero-marzo, 2004)

acervo de fuentes de múltiples posibilidades posteriores. La amplitud de materiales con los que contaba el autor hace pensar que, probablemente, concibiera una arquitectura argumental aún más ambiciosa. Por ello, a pesar de esa condición de obra truncada, es un acierto que el libro haya sido editado por la Real Maestranza de Caballería de Ronda dentro de su programa editorial de publicaciones sobre la vida cultural del XVIII español. Habría sido una injusticia que el esfuerzo de Martínez Cuesta quedase inédito, tanto por su contribución crítica como por el hecho de estar enfocada a ilustrarnos sobre la personalidad de don Gabriel de Borbón, uno de los representantes más dignos de atención dentro de la realeza ilustrada española. En particular, su gusto por las letras humanas le convierte en un modelo representativo de la Ilustración carolina. El fruto más celebrado en este sentido es su traducción de la *Conjuración de Catilina y la Guerra de Yugurta*, de Salustio, cuyo original de imprenta manuscrito se conserva en la Real Biblioteca (II/447-448). Su educación fue reflejo de un cambio sustantivo en las directrices que guiaban la preceptura de los infantes, pues se pasó del estilo impuesto por los jesuitas al que instaura Pérez Bayer, que es clave para entender la práctica en letras clásicas del Infante y la labor de traslado al castellano de Salustio. La edición príncipe de 1772 se convirtió en paradigma del buen hacer tipográfico y mojon blanco en los anales de la imprenta española, reimprimiéndose en 1804 en octavo en dos volúmenes, en impresión más accesible. La edición de 1772 es más que un excelso impreso y representa un complejo juego de intereses nacionales y personales.

Martínez Cuesta, pues, nos presenta tanto al don Gabriel objeto de la hábil política matrimonial de Carlos III, explicando las diversas circunstancias relativas a su enlace con Mariana Victoria de Portugal (un resumen en págs. 156-157), como al hombre apasionado por la música y los autores grecolatinos. Nos atrevemos a suponer que el más interesante para el lector es el segundo, el del príncipe ilustrado que asimila el espíritu de su tiempo y contribuye a él no solo con su mecenazgo sino con su propia actividad intelectual.

El uso de la tradición histórica clásica no era tan solo erudición en tiempos de don Gabriel; recordemos que cuando José Nicolás de Azara quiere retratar a Pitt el joven en sus *Memorias* utiliza dos versos de la *Eneida*, de la que asimismo se sirve en otro lugar de las *Memorias* para definir la política contemporánea. Martínez Cuesta consigue reflejar al Infante como hombre entendedor del servicio que hace el pasado como instrumento para el futuro, ofreciendo una gran variedad de trazos, en un dibujo de don Gabriel tan detallado como los cuadros de Mengs que tanto contempló este historiador del arte y que, como no podía ser de otro modo, están presentes en este retrato de cuerpo entero de Gabriel de Borbón y Sajonia.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 36 (enero-marzo, 2004)